

¿ Q U É E S E L
S I O N I S M O ?

J A C O B T S U R

Libros Tauro

PRÓLOGO

El sionismo es el movimiento de renacimiento nacional del pueblo judío, que culminó en la instauración del Estado de Israel en 1948, tras una lucha ideológica, social y física de tres generaciones de pioneros que se inspiraron en el espíritu de sacrificio. Sus ideas han alentado a las masas judías en la hora más sombría de su historia, y siguen alentando a miles de comunidades dispersas por el mundo, estén en el Este o el Oeste, cuya juventud considera un deber adherir en pensamiento y en acción a la magna obra de construcción de la madre patria de su civilización. El sionismo fue, desde su concepción, un movimiento de masas judías desposeídas, pues arranca del principio de igualdad proclamado por la Revolución Francesa que, a partir de los De-

rechos del Hombre, consagra también la igualdad de los pueblos, y conduce, desde el despertar de las nacionalidades en el siglo XIX, a la liberación de todas las naciones, grandes o pequeñas.

El anhelo de restauración nacional judía fue, indudablemente, una lógica reacción frente a las persecuciones, natural afán de llevar una vida libre y normal. Pero está entroncado firmemente con aquellos movimientos nacionales cuyo principal impulso arraigaba en la nostalgia de un pasado glorioso, en el ansia de retorno a la historia pretérita.

Nacido junto con aquel despertar nacionalista europeo que estampó su sello sobre el siglo XIX, el movimiento nacional judío asimiló de allí sus enseñanzas y su ideología, así como la concepción democrática que acompañó su formación y determinó su estructura. También heredó de allí el sentido de la continuidad histórica. Si su florecimiento fue determinado por la dura realidad política de la Europa moderna, sus raíces surgían de un pasado remoto y brillante. Sin la tradición vívida de la Biblia, Israel jamás hubiera resurgido.

Pero Israel es también el producto de la lucha, de una verdadera revolución, casi sin precedentes en la historia. Para alcanzar su realización, fue neces-

rio, en primer término, formar y orientar la conciencia de una masa dispersa; de un conglomerado de seres perseguidos que -en medio de un mundo en el que se afirmaban todos los particularismos- veían reprocharles su particularidad como si esta fuera una tara y no se atrevían a tomar conciencia de su derecho a una existencia propia. Hubo que forjar, después, una voluntad de acción coordinada y dirigida hacia un ideal. Y todo ello, sin instrumentos de lucha y sin las ventajas que brinda la concentración territorial. La etapa siguiente fue el establecimiento en un territorio lejano, desconocido y desierto -si bien impregnado de glorias- de un número de precursores que se dedicara a la ardua labor de reconstruir el centro de gravitación. Sobreviene entonces el momento más difícil, en el que un movimiento que combinaba esperanzas de salvación personal e ideales de mesiánica redención, impulsó a cientos de miles de seres a abandonar sus hogares en países cada vez más inhospitalarios, para ir a buscar una patria en esa tierra de promisión. En esta última etapa, cuando ya se había afirmado lo suficiente como para enfrentar la lucha final por su independencia, se vio obligado Israel a recurrir a las armas con objeto de defender su libertad.

El sionismo, fuente ideológica de esta tarea, tiene un sentido profundamente positivo. No antagoniza a nadie. Su única preocupación consistió, desde sus albores, en reconstruir la existencia nacional de los judíos, su civilización, la perpetuación de su existencia y su cultura.

Su historia es distinta de la de los demás movimientos nacionales, tal como también lo fue el destino histórico del pueblo de la Biblia. Su trayectoria es única en los anales de la humanidad. Para describirla en todos sus alcances se necesitaría una obra voluminosa. Las páginas que siguen no pretenden más que tratar de realzar algunos rasgos generales de su evolución, desde el despertar de la idea hasta la instauración del Estado de Israel.

UNA TRAYECTORIA ÚNICA

¿Qué son los judíos? Muchos intelectos agudos han discutido durante siglos esta cuestión, tratando de resolver si lo único que los liga es la religión -la misma que dio origen sucesivamente al cristianismo y al islamismo, y de la cual derivan todas las religiones monoteístas del mundo-, si son una nación o un pueblo. En este pequeño país del Medio Oriente, que se llamaba Palestina o Tierra de Israel, los judíos conocieron su edad de oro en una época lejana que comprende aproximadamente mil seiscientos años: es decir, a partir del año 1200 antes de la era cristiana, hasta el año 400 de la era cristiana, poco más o menos. Su historia comienza, por consiguiente, en una época en que París no se llamaba siquiera Lutecia y Londres era apenas un lodazal

que no habitaban ni los anglos ni los sajones, para no hablar ya de los normandos. En una palabra, la civilización de Europa y América no había nacido todavía.

En el mundo antiguo existían poderosos reinos, grandes pueblos y naciones: asirios, babilonios, egipcios, fenicios, que dominaron en un momento dado el mundo occidental conocido. De todos ellos no quedó nada, a excepción de ruinas y monumentos literarios. Otras civilizaciones desaparecieron sin dejar trazas, como los hititas, los amorreos y otros pueblos, cuya existencia fue revelada en arios recientes por excavaciones. Tenían una cultura, una escritura, costumbres religiosas, sistemas administrativos. Sin embargo, desaparecieron completamente de la superficie de la tierra. La única civilización del Medio Oriente que no desapareció fue la judía. El único pueblo del mundo que puede leer hoy en día la obra maestra de su literatura, después de dos mil años, es el pueblo judío: se trata de la Biblia, o más específicamente, lo que suele llamarse el Antiguo Testamento, creación inspirada en el espíritu de Israel. Es un hecho significativo que los ciudadanos del Estado homónimo, surgido a la independencia en 1948, hasta los niños que recién

aprenden a leer, entiendan el lenguaje del Libro de los Libros como si se tratara de una obra moderna.

Esta tierra de Israel era un reino que había surgido en las montañas de Judea, y que abarcaba un reducido territorio, desde las fuentes del Jordán hasta Beersheva y el desierto del Négev. Incluso en los momentos culminantes de su historia no contó más que con un millón o dos de habitantes. Aun cuando era independiente, estaba a merced de los imperios vecinos: Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Grecia, que se sucedieron en esta parte del mundo. Un día corrió la suerte de todos los reinos, grandes o pequeños, de la antigüedad: tras una resistencia heroica, el Reino de Judá sucumbió ante fuerzas muy superiores del Imperio Romano. Ello acaeció en el año 70 de la era cristiana, cuando Jerusalén fue destruida por las legiones de Tito.

Los romanos, tal como solían hacer con todas las naciones conquistadas, dispersaron a los judíos por el mundo y muchos huyeron a varios países del mundo helenístico, donde ya antes se habían establecido grandes comunidades de sus compatriotas. Sin embargo, a diferencia de todos los demás pueblos que corrieron la misma suerte, los judíos sobrevivieron. Y la razón de esta supervivencia reside

en la fuerza del lazo civilizador y religioso que los unía.

El pueblo judío, profunda y apasionadamente ligado a su fe ancestral y a su herencia literaria, los transformó en un arma de supervivencia, de la que se sirvió para conservar su forma de vida, sus leyes, su espíritu creador. Lo que distingue a la nación judía en la historia es justamente esta mezcla de elementos nacionales y religiosos. Hay suizos católicos y suizos protestantes. Hay protestantes norteamericanos u holandeses. Lo mismo se aplica a los musulmanes: hay adeptos del Islam que hablan árabe y otros que se expresan en persa. En el caso de los judíos, la religión se ha identificado siempre con la nación. La fe judía ha sido raramente profesada por otros pueblos. Siempre, en el curso de la historia, los judíos fueron perseguidos y es natural que pocos se sintieran atraídos hacia la religión de un grupo despreciado. Es así como los conceptos de religión judía y nacionalidad judía, siguen siendo idénticos hasta el día de hoy.

Durante siglos los judíos permanecieron dispersos por el mundo, desplazándose de un país a otro, empujados por el odio, las persecuciones, las matanzas. Toda vez que se establecían en un país re-

constituían su modo de vida particular, manteniéndose siempre fieles a la fe de sus antecesores, al recuerdo de su pasado, a su ética, a su idioma. Al declinar su independencia nacional, el idioma hebreo, la lengua de la civilización de Israel, ya no era de uso cotidiano. Durante sus peregrinaciones los judíos emplearon idiomas muy diversos. Sin embargo, permanecieron siempre fieles a este idioma hebreo, que no era ya lengua hablada, pero que sabían leer y escribir, y que constituía desde antaño el idioma en que educaban a sus hijos.

No todo es tinieblas en el panorama de la historia judía. Hubo épocas en que los judíos vivieron en buenas relaciones con sus vecinos musulmanes -en España, del siglo X al XIV- o cristianos, como en el sur de Europa a principios de la Edad Media. Pero se trata solamente de excepciones. A menudo los judíos eran más civilizados que los que les rodeaban: tenían una tradición culta, cuando los demás estaban todavía sumidos en la barbarie. Pero en todas partes, en todos los tiempos, eran los más débiles, constituían una minoría indefensa. Uno de los grandes pensadores judíos los ha descrito con la locución el espectro que recorre la historia ; semejantes a los demás, pero siempre diferentes. La-

mentablemente, cuando razas distintas viven juntas, la más débil se transforma en una suerte de chivo emisario. Los hombres buscan a alguien en el que puedan vengar sus sufrimientos, alguien que sea más desdichado que ellos, alguien que no pueda defenderse.

Fue así como a través de la Edad Media, que constituyó una época de sufrimientos para la Humanidad, todos los desastres registrados en Europa -ya fueran la peste, las guerras de religión, las penurias más diversas o cualquier epidemia- dieron lugar a ataques dirigidos contra los judíos. Se produjeron matanzas abominables: comunidades enteras atravesaron fronteras huyendo, para rehacer su vida en alguna otra parte. En la época en que la religión constituía el factor preponderante en la vida humana, ellos defendían la religión de sus antepasados, negándose a abjurar de ella: pero es un hecho que tampoco se les permitía asimilarse a los demás. Fueron perseguidos por los francos en Galia: más tarde por los provenzales: siglos después por los alemanes: por los polacos. A través de todas las persecuciones y todas las peregrinaciones volvían a constituir sus grandes comunidades. Siempre hubo en la historia judía centros que sirvieron de inspira-

ción a toda su época. Inmediatamente después de la destrucción de Israel lo fue Babilonia, el actual Irak; más tarde lo fue Persia. Cuando los musulmanes conquistaron la Península Ibérica, lo fueron España y Portugal. Cuando los judíos fueron expulsados de España y Portugal, en el año mismo del descubrimiento de América, se trasladaron a Provenza, de allí a Champaña, de allí a Renania. Perseguidos y expulsados de los principados alemanes, los judíos se encontraban en los siglos XIV y XV en las proximidades de un joven reino bárbaro denominado Polonia, situado casi en los confines del mundo conocido. De Polonia pasaron a Rusia, y fue así como, en el momento de comenzar nuestra historia, la gran mayoría del pueblo judío estaba concentrada en Europa Oriental, es decir, en Polonia, en Rusia, en Austro-Hungría. Tocaba a su fin el siglo XIX.

EL GHETTO Y LA EMANCIPACIÓN

Antes de reseñar el movimiento de renacimiento del pueblo judío, corresponde referirse a otro concepto, que ha desempeñado un papel importante en la vida judía.

El *ghetto* era en la Edad Media y a principios de la Edad Moderna la zona donde eran concentrados los judíos en las ciudades de Europa y del Oriente. Esta separación les era impuesta por los gobernantes cristianos y musulmanes. Eran confinados en un barrio determinado de la ciudad, de cualquier ciudad medieval -todavía se encuentran barrios semejantes en Marruecos o en Irán- sin permitirseles salir más que para desempeñar los deberes de su profesión. Este *ghetto* impuesto desde afuera sirvió al mismo tiempo de marco para que los judíos conservaran las

formas de autonomía y de vida que tan caras les eran. Lejos de sus vecinos podían preservar su sistema de educación y establecer escuelas donde se enseñara el hebreo. Sus rabinos les enseñaban la ley, sus tribunales dictaban sentencias. Por la fuerza de las circunstancias el *ghetto* se transformó en una especie de Estado dentro del Estado, impuesto por fuerzas externas, pero mantenido desde el interior.

En la sociedad medieval, compuesta por grupos heterogéneos, donde vivían separadas, sin confundirse, las corporaciones de artesanos, los ciudadanos, los paisanos, la nobleza, los judíos constituían no solamente un grupo étnico aparte, sino también una clase separada. A través de todas las persecuciones el *ghetto* sobrevivió adquiriendo una vitalidad cada vez más vigorosa. Los judíos vivían en su medio propio, separados de los demás. Llevaban vestiduras distintas, tenían costumbres propias, obedecían sus leyes dentro de su comunidad.

Una particularidad de la vida judía de este período -que se prolonga casi hasta la Revolución Francesa- es que constituían esencialmente una sociedad urbana. Estaban confinados a las ciudades. A los judíos no se les permitía adquirir tierras ni trabajarlas en ningún país durante el medievo. En una

ciudad constituida en un 80% o 90% por elementos agrícolas, los judíos se veían confinados a los oficios urbanos. Incluso los pocos que vivían en el interior no eran campesinos, sino habitantes de las pequeñas ciudades que proporcionaban servicios a las aldeas de su vecindad.

A principios del siglo XIX, pese a las matanzas y las persecuciones, había en todo el mundo de dos a tres millones de judíos: la mayor parte estaba concentrada en Europa, pero los había también en el imperio turco, es decir en los Balcanes y en el Oriente. Sobrevivían aún algunas comunidades en Marruecos, en Argelia y en Túnez, establecidas mucho antes de la conquista musulmana. Llevaban una existencia precaria, pero su unidad jamás se vio amenazada, como tampoco la fidelidad a sus orígenes y su anhelo por volver al país ancestral, la Jerusalén reconstruida de sus sueños.

Lo que se acaba de relatar acerca de estructura social, pone de relieve otra diferencia notable en comparación con cualquier otro movimiento nacional. En América latina hay pueblos preponderantemente agrícolas, cuya clase media está en formación. Por el contrario, los judíos contaban, al surgir la idea de su independencia, con una clase media o

superior pero, por carecer de tierras, no contaban con base agrícola. Esta estructura anormal los hacía depender del medio, y amén de la idea del retorno a la patria, dio origen a la idea del retorno a la tierra, a la vida campesina.

Llegó el día en que proclamaron su derecho a la libertad, a la igualdad; no es por azar que quien tomó la defensa del hombre de color, fue también el primero en proclamar la igualdad de los judíos: el abate Gregoire, humanista y portavoz de la Revolución Francesa, en su gran discurso de 1791, proclamó que todos los hombres son iguales, exigiendo la igualdad de derechos y deberes para todos los ciudadanos, sin consideraciones de raza ni religión. Y es a la Revolución Francesa que se remonta la emancipación judía. La lucha por la igualdad triunfó en Francia, y se impuso muy pronto en Inglaterra, Alemania, Austria. Espíritus ilustrados apoyaron las reivindicaciones judías encaminadas a abolir el *ghetto*, a revocar las leyes restrictivas, a conceder a todo judío las posibilidades que estaban al alcance de los demás ciudadanos.

Esta emancipación, que se extendió gradualmente por Europa Occidental, coincidió con la revolución industrial que transformó radicalmente el

mundo moderno. Hacia principios del siglo XIX, cuando surgieron las primeras fábricas, los ferrocarriles y los barcos veloces, los judíos que tenían experiencia en el comercio y los oficios manuales, y eran ya libres e iguales a los demás, se volcaron en la contienda de la naciente sociedad industrial. Al cabo de una o dos generaciones, el *ghetto* pasó a la historia en Europa Occidental.

Pero hubo una excepción en una parte del mundo muy poblada por los judíos: el imperio ruso, que comprendía a la sazón Polonia, Lituania, Letonia y demás países limítrofes; en esa parte del mundo, millones de judíos estaban confinados en los *ghettos*, incluso a fines del siglo XIX. No tenían derecho a residir en las grandes ciudades, ni en el interior del imperio. Pese a esta desigualdad, y no obstante considerárseles como ciudadanos de segundo orden, los jóvenes que tenían la oportunidad de adquirir una educación rusa, aspiraban a escapar del *ghetto* espiritual en que estaban sumidos, para ser como los demás, para asimilarse a los otros.

Este fenómeno no es conocido en la historia de otras minorías nacionales. Todo comienza por el deseo de tener los mismos derechos, de ser como los demás. Luego se trata de adquirir todo lo que es

peculiar a un pueblo: su idioma, su vestimenta, su tradición. Así ocurrió que los judíos abandonaron en muchos casos su religión para aceptar la fe predominante. Rápidamente, comunidades sólidas y antiguas cayeron en la decadencia, disgregándose. Fue así como disminuyó el número de judíos en Francia e Italia, que fueron asimilándose y perdiendo sus características judías.

El sueño de la asimilación dominó toda la literatura hebrea de 1860 a 1870, que fue una década de renovación, especialmente en Rusia. Grandes escritores, periodistas, célebres sabios judíos, exigían la participación de sus hermanos en la literatura, la prensa, la política rusa, al paso que en Francia, Italia, y otros países, hubo judíos que llegaron a ser ministros, banqueros, financistas. El mundo parecía encaminarse hacia una era de libertad y amor fraternal entre los hombres. Aparentemente, el único problema que se presentaba a los judíos era el de asimilarse completamente a los demás. Pero el cruel despertar de ese soñar en un paraíso en el que imperara la igualdad, alteró el curso de la historia judía.

LOS POGROMES Y EL COMIENZO DEL MOVIMIENTO NACIONAL

Era propia del siglo XIX la visión de un progreso sin trabas, de una Humanidad noble y virtuosa. Los judíos creían en ese sueño con todo el fervor mesiánico de una raza perseguida, ávida de fe. Por esa razón, la catástrofe pareció revestir consecuencias más graves. En 1881 estallaron en Rusia los *pogromes* antijudíos. Esta palabra rusa que se ha incorporado a todos los idiomas, significa la matanza de judíos indefensos, ya fuera espontánea u organizada por el gobierno zarista. El populacho atacaba las casas judías, asesinaba a mujeres y niños, destruyendo barriadas enteras. Ello no ocurrió en un punto aislado, sino en centenares de ciudades y aldeas a través del territorio ruso. El gobierno ruso no

movió un dedo para poner fin a los atropellos. Más aún, al concluir los *pogromes* aplicó con mayor rigor las leyes antijudías.

La clase dirigente judía que incluía a los que ya habían aprendido el idioma y adquirido la cultura rusa y que se creían iguales al resto, se vio de pronto ante las ruinas de su ideología. Adónde vamos? , se preguntaban los escritores, los periodistas, los estudiantes. ¿Si en este siglo los judíos son asesinados y robados por el solo hecho de ser judíos, qué porvenir les espera en Europa? De este período nos ha llegado una amplia literatura, poemas, artículos y libros que se formulan la misma pregunta: ¿Por qué? Y en tanto que la clase dirigente buscaba explicaciones históricas y sociales, la reacción de las masas judías, sumidas en la miseria y el sufrimiento, fue espontánea e intuitiva: centenares de millares comenzaron a escapar de Rusia.

Pero, ¿adónde ir? La mayor parte se dirigió naturalmente a los países nuevos que necesitaban habitantes, que acogían a los inmigrantes, como Estados Unidos o América del Sur, para huir de la Europa que tan despiadadamente los había tratado. Pero hubo un pequeño grupo de idealistas a los que no satisfizo esta solución. Se trataba, en su mayor

parte, de estudiantes que, por haberse esforzado más que los demás por integrarse al pueblo ruso, sentían más cruelmente que el resto el efecto de los *pogromes*. Ellos trataron de analizar la razón profunda de esos ataques inesperados, y de sacar las conclusiones del caso. ¿Por qué nos persiguen? ¿Por qué no podemos encontrar la tranquilidad en el país en que vivimos desde hace tantas generaciones? Y en aquel momento, ese puñado de jóvenes estudiantes encontró una respuesta: Porque estamos privados de lo que poseen todos los demás pueblos: de un territorio que podamos llamar nuestro. No hay un solo país donde podamos regir nuestro propio destino sin depender de otros pueblos. De tal suerte cristalizó la idea de la nacionalidad. Los judíos constituyen una nación, y como todo pueblo normal necesitan un rincón de tierra propio: y esta tierra no puede ser otra que el solar en que surgió su civilización, o sea la Tierra de Israel.

Palestina, que en esa época formaba parte del Imperio Otomano, era una provincia muy poco poblada, enteramente desolada, una de las más atrasadas del Oriente. Los judíos nunca abandonaron enteramente este suelo. Al concluir el siglo XIX, había comunidades judías en Jerusalén, en Safed, en

Tiberíades, en Hebrón -las cuatro ciudades santas de la tradición judía- pero estaban constituidas en su mayoría por personas de edad avanzada, atraídas a este país por su fe, llegadas aquí para orar y morir, que querían ser enterradas en Tierra Santa y no vivir en ella. No era éste el ideal de los jóvenes soñadores, sino iniciar la reconstrucción de su patria en el país de sus mayores, al cual el pueblo judío se sintió siempre indisolublemente unido.

Esta identificación conmovedora con la patria histórica, signó a través de los siglos las prácticas religiosas judías. Bastarán algunos ejemplos para indicar su naturaleza. Al igual que todo pueblo agrícola, los campesinos judíos imploraban al cielo una buena cosecha. De octubre a marzo los judíos pronunciaban la oración de la lluvia; en verano, cuando no llueve en Israel, decían la plegaria del rocío. Pues bien, aun cuando vivieran en Rusia, en América, en Australia, donde el régimen de las lluvias es completamente distinto, los judíos prosiguieron orando como si vivieran en el Medio Oriente. Igualmente, el judío piadoso ruega tres veces diarias, para que el Eterno le permita entrar en la Jerusalén reconstruida. Todos los años, durante la Pascua, el oficio religioso concluye con las palabras: El año próximo

en Jerusalén . Por alejado que esté de la Tierra de sus antepasados, el judío se siente íntimamente ligado al concepto del Jordán, del valle de Sarón, de Jerusalén. La tierra de Israel fue en todas las épocas el eje de la vida judía, el foco de sus nostalgias milenarias.

Por eso, cuando ese puñado de jóvenes llegó a la conclusión de que el despertar de la nacionalidad era una realidad que debían tomar en cuenta y que, por consiguiente, el pueblo judío debía reclamar y reconquistar su territorio, la única posibilidad que se presentó ante ellos fue Erets Israel, la Tierra de Israel, conocida entonces como Palestina.

LOS PRIMEROS PIONEROS

Tal como ocurre a menudo en los movimientos nacionales, fue solamente una pequeña minoría la que se lanzó a la aventura. La gran mayoría se dejó arrastrar por las corrientes de la inmigración a América, y colocó las bases de lo que es hoy la poderosa comunidad judía de Estados Unidos, con sus cinco millones y medio de integrantes. Otros inmigrantes se establecieron en Argentina, Bélgica, Francia. Otros millones prefirieron no correr los riesgos que implicaba la inmigración y se quedaron en Rusia. Fueron muy pocos los que se volvieron hacia Palestina, constituyendo la avanzada de un movimiento llamado *Jovevéi Tsión* -amantes de Sión. Sión era la colina sobre la que se erigió el palacio del rey David, en Jerusalén.

Al leer los anales de aquella época, uno queda asombrado por la ingenuidad de esos pioneros... Eran jóvenes, y los obstáculos les eran desconocidos. Obstinadamente, y sin cejar, seguían la senda nueva por la que se habían encaminado, solos, ignorados por sus hermanos, incomprendidos y sin medios. El primer grupo, llegado a Palestina en 1882, se componía de 13 jóvenes y una muchacha. Luego, se les unieron algunas docenas de estudiantes secundarios y universitarios. Sin embargo, se consideraban bastante fuertes como para negociar con el gobierno turco, con objeto de obtener el derecho de instalarse en Palestina. Y mientras esperaban en Constantinopla establecer contacto con la Sublime Puerta, no tenían literalmente qué comer.

Un integrante del grupo narra en su diario que en un momento dado se quedaron sin recursos, es decir, con 10 francos en total, para las catorce personas que formaban el grupo. Y dado que entre ellos había fumadores, estalló una discusión que duró toda la noche, acerca de si debían gastar las últimas monedas en tabaco o en pan. Finalmente los fumadores se impusieron y el grupo quedó sin comer. Fue así como negociaron los pioneros de Israel con el Sultán del imperio otomano, para que

se les reconociera el derecho de establecerse en Palestina.

Esta primera ola inmigratoria tenía ya las características que iban a sellar todo el movimiento nacional judío. Para estos pioneros, tal como para sus sucesores, el retorno a Israel significaba, por encima de todo, el retorno a la tierra. No tenían noción alguna de las faenas agrícolas: jamás habían cultivado los campos en su país de origen, y además la agricultura en los países nórdicos, tales como Rusia, era muy distinta de la de Erets Israel.

Sin embargo, apenas llegados, fundaron las primeras dos o tres aldeas: Rishón Letsión -que se encuentra hoy en día a un cuarto de hora de Tel Aviv, pero que en aquel entonces se hallaba en medio de las dunas-, Guedera y otras. Una o dos aldeas, tales como en Galilea, fueron establecidas por jóvenes procedentes de Jerusalén y por inmigrantes de Rumania: al cabo de dos o tres años, sin embargo, la empresa estaba al borde del fracaso. Las aldeas no podían subsistir. Los habitantes de las mismas no siguieron las huellas de sus audaces precursores, y los fondos que recibían no les alcanzaban. Los más débiles abandonaron el país y la desesperación se apoderó de los demás.

La pobreza fue el rasgo sobresaliente de esta época y de las subsiguientes. Los judíos acomodados no se incorporaron al movimiento. Sin embargo, en el momento crucial en que todo el edificio erigido por el entusiasmo de estos jóvenes estaba a punto de derrumbarse, un filántropo judío les prestó ayuda. Al hacerse cargo de la significación del movimiento, el barón Edmundo de Rothschild -banquero de renombre mundial- prestó su protección a las primeras aldeas, salvándolas de la catástrofe. Incluso fundó otras. Pero resultó que ese empuje idealista amenazó con degenerar en una especie de pequeña empresa colonial. Los primeros en llegar hicieron exactamente lo que otros europeos habían hecho antes que ellos, lo cual parecía natural en aquella época. Habiendo fundado las aldeas, terminaron por administrar sus granjas, empleando mano de obra local. Fue sólo muchos años después, al afianzarse el movimiento, cuando vino a agregarse a los principios del retorno a Israel y del retorno al trabajo de la tierra en Israel, otro principio que alteró completamente el carácter del país. Los ideólogos del movimiento se percataron bien pronto de que no bastaba con instalar a los pioneros en el suelo, sino que era necesario lo trabajaran con

sus propias manos, para transformares en un pueblo normal, compuesto por todas las clases sociales y todos los oficios. De ahí que durante todas las etapas de la historia de Israel haya habido personas con títulos académicos que se transformaron voluntariamente en peones agrícolas, en plantadores, en campesinos. Hombres que jamás habían realizado trabajo físico alguno, se emplearon, no obstante recibir un salario bajo, como changadores en los puertos, constructores de caminos, o simples obreros de fábrica. Y todo eso con el solo objetivo de asegurar una vida de trabajo constructivo a las generaciones venideras.

El movimiento experimentó muchos altibajos durante algunos años, desde 1882 a 1896. Al principio se enraizó, especialmente en Europa Oriental. Sin embargo, este impulso voluntario hacia Palestina hubo de transformarse en un movimiento que conquistó a las masas del pueblo judío. Una vez más la causa fue el antisemitismo.

El mundo estaba dispuesto a admitir que el antisemitismo existiese en Rusia, que en aquel entonces era un país reaccionario y muy atrasado. Pero, heos aquí con que apareció también en Europa

Occidental. Una explosión de odio a los judíos afloró en la cuna misma de la libertad: Francia.

TEODORO HERZL Y EL NACIMIENTO DEL SIONISMO

A raíz del proceso Dreyfus, muchos trastornos se registraron en Francia. Alfred Dreyfus era un capitán judío del Estado Mayor francés, que fue acusado de espionaje. Las pruebas presentadas por la acusación no tenían fundamento. Pero el hecho de si era culpable o no, carecía totalmente de importancia, pues Dreyfus fue condenado por el mero hecho de ser judío. La reacción de las masas fue violenta: todos los judíos son traidores, puesto que Dreyfus lo es. Los periódicos acusaron a los judíos de los peores crímenes, el populacho dio rienda suelta a su odio gritando por las calles de París: Abajo los judíos o Mueran los judíos .

En aquel entonces residía en París un joven periodista de 36 años de edad, Teodoro Herzl, corresponsal de un gran diario vienés. Para Herzl, aquello fue una revelación. Vio las masas desenfrenadas, sintió la explosión del odio brutal. Vivía en Viena, ciudad emancipada, libre, donde los judíos gozaban de todos los derechos, y no pudo prever que esta misma Viena se transformaría un día, décadas más tarde, en la cuna de Hitler. Pero bastó el hecho de que el antisemitismo se hubiese manifestado en Francia, para hacerle perder todas las ilusiones. Este brillante escritor alemán sintió repentinamente su solidaridad con aquellos judíos menospreciados y vilipendiados: fue así como, sin conocer a sus antecesores, ni saber nada del movimiento que contaba ya con miles de adherentes en Rusia, descubrió por cuenta propia la misma idea.

Se encerró en su pieza de hotel, y al cabo de varias semanas de actividad afiebrada, publicó un pequeño opúsculo titulado *El Estado Judío*. En el mismo proclamó dos verdades: para resolver el problema judío, los judíos deben contar con un Estado: los judíos jamás alcanzarán su meta si esperan ayuda de afuera. No podrán obtener la independencia sino por sus propios esfuerzos. Herzl

predicó la creación de un movimiento popular, cuyo objetivo consistiría en obtener el reconocimiento internacional del derecho de los judíos a la obtención de su Estado.

La aparición de este folleto causó sensación. Las ideas de su autor parecían tan extravagantes, sobre todo por provenir de Teodoro Herzl, en aquel entonces en el pináculo de su carrera literaria, que sus amigos temían que hubiese perdido la razón. Los judíos acomodados e influyentes, los rabinos y los notables de las grandes comunidades del Occidente, le dieron la espalda, se burlaron de él y lo combatieron. Sin embargo, las masas desposeídas y perseguidas de Europa Oriental respondieron a su llamado. Un año más tarde, en 1897, Teodoro Herzl reunió en la ciudad suiza de Basilea el Primer Congreso Sionista y proclamó al mundo la aspiración de los judíos a una patria reconocida en el país de sus antepasados. En el Congreso de Basilea nació el Movimiento Sionista, que preparó el retorno a Sión.

Es muy instructivo releer hoy las memorias y la correspondencia de los primeros pioneros de Palestina. Una curiosa sensación se desprende: esos hombres, que habían abandonado hogares cómodos para exiliarse en un país lejano, a medias salvaje,

soñaban ciertamente con un porvenir mejor para su ardua empresa. Pocos entre ellos vieron, no obstante, llegar la era de las grandes realizaciones. Sus apremios cotidianos los sumergían en el presente. Algo así como el trabajo inconsciente de las hormigas hundidas en el hormiguero que no se atreven a mirar la imagen de la montaña que están destinadas a levantar.

Para que el ritmo se acelerara, era necesario que el mundo tomara conciencia de ese extraño proceso de gestación en un rincón semiolvidado del globo. El problema político del porvenir judío debía ser planteado abiertamente, brutalmente, ante la opinión pública internacional. Es a Herzl y al sionismo político a quienes debe adjudicarse tal mérito. En 1897, en plena euforia liberal, se necesitaba coraje para proclamar semejante idea.

Herzl no ha inventado el sionismo. Existía desde mucho antes. Pero fue el primero en abrirle una ventana al mundo, en romper el púdico velo que cubría toda discusión franca de las causas y raíces del antisemitismo. Él exigió solución a un problema que el mundo occidental tenía vergüenza de confesarse. Él supo, finalmente, devolver una dignidad, una voluntad colectiva, una confianza en sus pro-

pías fuerzas, a una comunidad humana que, desde hacia siglos, sufría la historia sin osar encararla de frente. El sionismo político señala el pasaje de la historia pasiva a la historia activa en los anales de Israel. Marca también el comienzo de un movimiento popular consciente, al que los trastornos trágicos del mundo contemporáneo iban a asegurar un triunfo irresistible.

Las tratativas diplomáticas del creador del sionismo se iniciaron con un fracaso. Ni el Sultán, que no escatimó buenas palabras a sus emisarios, ni el Káiser, que profirió desde lo alto de su caballo blanco una sentencia profunda sobre el agua y la sombra de que ese país tiene necesidad, ni el Zar, al que trató de ver, tomaron en serio su sueño de un Estado Judío. Y, sin embargo, el problema estaba planteado. Los hombres de estado fueron en adelante conscientes de las aspiraciones de las masas populares del judaísmo. El pueblo judío tenía una dirección. Ayer desconocido como entidad nacional, podía establecer su candidatura en el momento de recortar las fronteras del mundo a continuación de la Primera Guerra Mundial, y esto ocurría antes de que el derecho de los pueblos a disponer de ellos

mismos fuera erigido en principio de derecho internacional.

Este movimiento dio una estructura política y práctica a lo que no era hasta entonces más que una idea abstracta, y fue el origen de todas las realizaciones judías de este país antes de la instauración del Estado. Privado muy pronto de su jefe -pues Teodoro Herzl falleció prematuramente, decepcionado, apenas siete años después del Primer Congreso Sionista- supo sobreponerse a las dificultades, convirtiéndose en factor importante dentro de la vida judía y la política internacional. En vida, Herzl trató de ganar, en primer lugar, el apoyo de las grandes potencias para la idea del renacimiento del pueblo judío. Murió, sin haberlo logrado, a la edad de 44 años. Pero el Movimiento Sionista, sin desesperar, emprendió el trabajo práctico en Palestina, y forjó sus primeros instrumentos, un Banco y un fondo para la adquisición de tierras destinadas a todos los que quieran ir a trabajarlas.

LA SEGUNDA ALIÁ

El gran avance de la labor del movimiento sionista en Palestina coincide con la llegada al país de una nueva corriente inmigratoria, conocida en la historia de Israel por el nombre de *Segunda Aliá*, es decir la segunda ola inmigratoria que fue a establecerse en el país de Israel entre 1905 y 1914. Pertenecían a este grupo muchos de los que fueron más tarde dirigentes de Israel, entre ellos Isaac Ben Zvi, el segundo Presidente de Israel, y David Ben Gurión, primer Jefe de Gobierno del Estado.

Se trataba de jóvenes de 17 a 20 años de edad, que se habían formado en el ambiente de la revolución rusa, pero que fueron decepcionados por la misma. Muchos de entre ellos eran auténticos revolucionarios, como todos los jóvenes de esa gene-

ración, pero cuando la revolución de 1905 estalló en Rusia y fracasó, los judíos fueron una vez más chivos emisarios. Se registró otra ola de *pogromes*, masacres y una huida desesperada hacia las fronteras. Estos jóvenes se hicieron cargo de que aun cuando reinara la libertad en Rusia, no cambiarían las cosas, y que el problema judío no tenía otra solución que Israel.

Llegados a Palestina, se dedicaron a cultivar la tierra. A ellos se deben algunos principios fundamentales de la sociedad israelí: en primer lugar, que el hombre debe vivir del fruto de su trabajo y no explotar al prójimo. Y puesto que el trabajo era duro, y las condiciones del país difíciles para un hombre solo y aislado, los jóvenes pioneros formaron pronto grupos compactos llevando muy lejos el principio de la cooperación.

Como resultado lógico de esta tendencia nació en 1909 el primer *kibuts*. Tal forma de organización rural es sobre todo secuela de la voluntad de ayudarse mutuamente, de no permanecer aislados en un país extraño y difícil. Corresponde, asimismo, a la voluntad de poner en práctica los principios de igualdad, de libertad individual, y de dedicación al

servicio de la causa, heredados de la ideología socialista y especialmente de la doctrina tolstoiana.

Otro principio que dejó huellas profundas en la historia de Israel es la organización de la defensa. Cuando inmigraron los pioneros, el país estaba nominalmente bajo el dominio turco, pero el Gobierno no se preocupaba mucho por la seguridad. Nómades y bandidos controlaban, en la práctica, regiones enteras. Eran frecuentes los robos de ganado y de cosechas. Para evitarlo, se pagaban sumas de dinero al jeque, jefe de la tribu. Fue ésta la situación que conocieron los jóvenes que inmigraron al país en 1906, negándose a aceptarla. Los pioneros que habían huido de la inseguridad y las persecuciones de su país de origen, decidieron que los judíos no dependerían en adelante de una administración inoperante, ni de la buena voluntad de los bandidos. Consideraban que su primer deber era encargarse ellos mismos de su defensa. Un grupo reducido estableció en Galilea una organización que se llamó Hashomer (El Guardián). Sus miembros adquirieron algunos fusiles, armas primitivas y caballos árabes, y se ofrecieron a las aldeas judías para velar por su propiedad. Fue éste el primer paso de una larga evolución histórica que culminó en el actual Ejér-

cito de Defensa de Israel. El principio quedó establecido desde ese momento: no depender de los demás, encargarse ellos mismos de la defensa.

El nacimiento del Hashomer marca el comienzo de una evolución que iba a señalar el carácter de la comunidad judía israelí y transformarla en una nación en armas. Durante la primera guerra, pareció ya natural que una Legión Judía combatiera bajo las órdenes del general Allenby. Y cuando en febrero de 1920, la pequeña población de Tel-Jai, en Galilea, opuso una resistencia heroica a una banda árabe superior en número, asegurando con su sacrificio el trazado de la frontera norte del país, el camino quedó definitivamente marcado. El ejemplo de Trumpeador, el héroe manco, se convirtió en bandera para las generaciones de pioneros y defensores de Israel. Iban a afrontar bien pronto una larga serie de pruebas sangrientas que forjaron más y más su capacidad de encarar la lucha, al mismo tiempo que su voluntad de resistencia.

Fue en 1920 cuando se produjo la primera explosión árabe en Jerusalén y la masacre fue detenida por una granada arrojada por algunos jóvenes judíos. En 1921 las perturbaciones estallaron en Yaffo, y Tel Aviv fue salvada por soldados de la

Legión Judía llegados sin permiso de sus oficiales británicos. Ocho años más tarde, en 1929, la Haganá se traba en lucha con bandas fanáticas que se habían lanzado al ataque de los barrios y colonias aisladas. En 1936 una verdadera revuelta árabe ensangrentó al país durante largos meses, indolentemente combatida por la administración británica, pero debió afrontar ya una resistencia judía primitivamente armada y decidida, bien entrenada en sus centros ilegales, que podía contar con una movilización casi total de la juventud del país. Más de 25.000 voluntarios judíos combatieron en las filas de los ejércitos aliados durante la Segunda Guerra Mundial, mientras que la Haganá reorganizaba y reafirmaba su estructura interior y su capacidad de combate. Y fue un verdadero ejército nacional el que encaró la prueba final de la resistencia contra el régimen mandatario, preparando sus filas para la batalla, inevitable en el futuro, con los agresores de adentro y de afuera, incluidos entre estos últimos los árabes de Palestina y los ejércitos regulares del Medio Oriente. Al filo de la Guerra de la Independencia, la Haganá no era ya un puñado de aficionados que manejaban penosamente revólveres anticuados: era un reclutamiento en masa de todos

los ciudadanos aptos, preparados para el combate por una larga sucesión de pruebas sangrientas, sometidos a un comando único al que escapaban sólo las organizaciones disidentes cuyo papel histórico está aún por determinarse, pero que tienen su parte incontestable en la decadencia latente de la administración mandataria.

En la misma época surgió otro factor unificador de la sociedad judía de Palestina: el idioma. Afluían al país inmigrantes de partes tan alejadas las unas de las otras como los confines de Rusia y las comarcas del Oriente. Cada comunidad disponía de un medio particular de comunicación o había adoptado la lengua del país en que vivía. Desde los principios de la era cristiana el hebreo dejó de ser una lengua hablada. Los judíos de Europa oriental hablaban el *idish*, dialecto que se basa en el alemán medieval: las comunidades judías que habitaban el vasto imperio turco conservaron el español del siglo XV, el ladino; los judíos persas hablaban un dialecto local, otros se servían del árabe, del ruso, del alemán, etc. ¿Cómo iban a entenderse para formar una sociedad?

Sin embargo, a diferencia del latín, el hebreo jamás cayó totalmente en desuso. Cientos de miles de judíos pronunciaban diariamente plegarias en

hebreo. Más aún, jamás se interrumpió su evolución literaria y lingüística. Los poetas escribían su lírica en hebreo, los filósofos expresaban su pensamiento en este idioma. La lengua siguió viviendo su propia vida, enriqueciéndose continuamente en el curso de las generaciones y adaptándose a las necesidades de la vida moderna.

Fue en hebreo que se escribieron las primeras obras literarias del siglo XIV, así como el primer diario judío moderno. Fue en hebreo que los sabios, comerciantes y rabinos de distintos países se comunicaban. Sólo hacía falta convertirlo en medio diario de comunicación.

Tocó esta tarea al hoy ya legendario, Eliezer Ben Yehuda, joven estudiante de Rusia, que se radicó en Jerusalén a principios de la década del ochenta del siglo pasado, y quien decidió, con fanática determinación, no usar más que el hebreo para todos los fines y convertirlo así en idioma hablado. Se agrupó alrededor suyo un grupo de entusiastas, muchos profesores y escritores entre ellos. De tal suerte, un modesto y desconocido maestro de escuela comenzó a enseñar sus alumnos el hebreo hablado, convirtiéndolo en el vehículo primordial de la unidad cultural de Israel.

La *Segunda Aliá* afirmó definitivamente el dominio del hebreo. En vísperas de la Primera Guerra Mundial el problema ya no existía: el hebreo pasó a ser la lengua madre de la nueva generación. Se enseñaba en los colegios primarios y secundarios y muy pronto ocupó un lugar privilegiado en la vida de la nueva sociedad.

LOS NUEVOS TIEMPOS

Volvamos ahora a las primeras décadas de la historia de los judíos en Israel. Hasta la Primera Guerra Mundial se crearon numerosas aldeas, surgió una moderna ciudad judía y el país se desarrolló gradualmente hasta contar con una población de cerca de 100.000 almas.

La joven población judía de este país vivió horas terribles durante la Primera Guerra Mundial. Los judíos de Palestina depositaron su esperanza en la destrucción del Imperio Otomano, y éste, en sus últimos años, se volvió contra ellos, amenazando destruir todo lo que habían creado con tanto esfuerzo. Todos los habitantes judíos del litoral, incluidos los de Tel Aviv (cuyo número se elevaba en aquel entonces a 5.000), fueron evacuados al inte-

rior, al paso que los jefes y líderes de la comunidad fueron exiliados y enviados a Egipto y a países de ultramar. El país entero fue presa del hambre. Mientras tanto, los líderes del movimiento sionista entablaron negociaciones con los gobiernos de la Entente, para que tomasen en cuenta los intereses judíos, una vez que hubieran concluido victoriosamente la guerra contra Turquía.

Ya en la intuición genial pero ingenua de Herzl y más claramente aún en la concepción realista de Weizmann, sobre quien recayó la dirección del movimiento en los años cruciales de la guerra, la constitución de una patria judía en Palestina se ligaba a consideraciones geopolíticas, a rivalidades de las potencias, que han determinado tan a menudo, en el curso de la historia, el destino de las naciones.

La cuestión de Oriente marcó la historia diplomática de Europa a partir de los comienzos del siglo XIX. El Imperio Otomano agonizaba lentamente y los Estados europeos se distribuían, por adelantado, los despojos. En el mosaico de las religiones y de los pueblos que formaban las dependencias asiáticas de Turquía, buscaban su punto de apoyo Gran Bretaña, Francia, Rusia. Desde tiempos inmemoriales, los franceses habían tomado bajo su protección

a los católicos de Palestina y a los maronitas del Líbano. Los rusos aparecían como los defensores de la iglesia ortodoxa y de las comunidades religiosas griegas. Bastante antes de la Guerra de Crimea, los ingleses habían tratado de ganar las simpatías de la pequeña comunidad judía de Jerusalén, sumergida en su piedad, en el férreo cumplimiento de preceptos religiosos y congelada en su miseria. El temible Palmerston no había dudado en dar instrucciones en ese sentido a su primer cónsul establecido en la Ciudad Santa.

Cuando llegó el momento de repartir los territorios del Medio Oriente entre Francia e Inglaterra, la presencia judía en Palestina ofreció a Gran Bretaña un punto de apoyo. Tanto más cuanto que los sufrimientos de las masas judías en la Europa oriental representaban ya un problema que nadie podía ignorar y habida cuenta de que, en Palestina misma, los judíos, aunque numéricamente débiles, formaban una pequeña comunidad enérgica y trabajadora, que tenía en su crédito una obra de colonización modelo, que revestía cierta importancia en la economía del territorio y que había proporcionado al ejército británico un contingente de voluntarios nada despreciable.

Tal fue el móvil principal de la Declaración Balfour que señala la primera etapa del reconocimiento internacional del sionismo. ¿qué papel ha desempeñado en la preparación de ese documento histórico, la simpatía sincera de los dirigentes británicos hacia el pueblo de la Biblia, o el deseo prosaico de ganar la opinión pública judía para la causa de los aliados? Los testimonios son contradictorios y difícilmente se pueda extraer una conclusión categórica. No es menos seguro que la presencia efectiva de los judíos en Palestina, la solidez de su estructura social unida a una conciencia nacional plenamente arraigada, hayan gravitado firmemente sobre esta decisión. Desde entonces, sean cuales fueren los cambios de la política británica e internacional, la suerte de Palestina -y del Medio Oriente entero- no podría ya desarrollarse sin tener en cuenta el factor de la presencia judía.

El doctor Jaim Weizmann, químico ilustre que se convirtió más tarde en primer Presidente del Estado de Israel independiente, negoció con el gobierno inglés el reconocimiento de la legitimidad de las aspiraciones judías. El 2 de noviembre de 1917, en plena guerra mundial, el Gobierno británico publicó un documento, convertido ya en hecho histórico

importante y cuyo mérito se ha fijado en honor de quien, a la sazón, era Ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, con el nombre de Declaración Balfour , en la cual se reconocía el nexo histórico entre los judíos y Palestina y su derecho a establecer en dicho país su Hogar Nacional.

Gran Bretaña tiene el mérito de haber sido la primera en reconocer el vínculo histórico del pueblo judío con Palestina. La declaración del 2 de noviembre de 1917 suscitó esperanzas mesiánicas. Noticias fantásticas sobre centenares de miles de inmigrantes, hasta listas de un gobierno judío, circulaban en las comunidades de Rusia, ya hundida en los horrores de la guerra civil.

Cuando Turquía perdió la guerra y la Liga de las Naciones confió a Gran Bretaña el Mandato sobre Palestina, se creyó que una época gloriosa se abría para los judíos.

Sin embargo, los que esperaban un porvenir dichoso bajo los auspicios del nuevo Gobierno, muy pronto iban a desengañares. Arruinado por la guerra y la revolución, el judaísmo ruso yacía exangüe. Miles de inmigrantes llegaron a Palestina, pero la administración británica, al principio benevolente, cambió muy pronto de actitud. Las restricciones se

fueron multiplicando. Los años del Mandato británico, desde 1920 hasta 1947, constituyeron una carrera contra el tiempo para los judíos, deseosos como estaban de colocar los cimientos de su independencia, absorbiendo una población nueva, fundando colonias, formando una industria y una agricultura, mientras que la administración hacía todo lo que estaba a su alcance para impedirlo, en virtud de su política pro árabe.

En efecto, el idilio en las relaciones entre los judíos y los ingleses no duró. A la euforia de la Declaración Balfour siguió un vuelco, primero imperceptible, más y más marcado, a continuación. A favor del romanticismo oriental de Lawrence, los árabes ocupaban el vértice de las preocupaciones británicas en Oriente. Whitehall y Downing Street no habían renunciado jamás al sueño de un reino árabe unido, extendido desde el Tigris al Nilo, desde los desiertos de la Mesopotamia hasta las arenas de Arabia, pacífico, caduco e inmóvil, en el que los ingleses dictarían la ley. El Hogar Nacional Judío, apresuradamente proclamado al azar de las vicisitudes de la guerra, se volvió bien pronto incómodo. Era necesario, costara lo que costare, dar marcha atrás, detener el crecimiento demasiado dinámico de

la comunidad judía en Palestina, dejar el campo libre a la unidad árabe. Los Altos Comisionados, unos timoratos y prudentes, otros francamente hostiles, hicieron todo lo posible en ese sentido.

De ese período data la hostilidad implacable del movimiento nacionalista árabe contra el sionismo. El despertar de los pueblos árabes, que debían pronto constituir los Estados independientes del Medio Oriente, era, en sí, un fenómeno histórico inevitable. La lucha contra los judíos en Palestina, sin embargo, no era necesaria y hubiera podido llegarse a un entendimiento, de no ser por la acción de los políticos occidentales que se servían del fanatismo fácilmente inflamable de las masas árabes para sus objetivos de dominación política. Durante un largo período, los árabes palestinos portaron solos el estandarte de la lucha contra el sionismo. Los Estados musulmanes vecinos se desinteresaban. Fueron arrastrados a la contienda por las grandes potencias durante la Segunda Guerra Mundial y por la política de Gran Bretaña que perseguía sus propios fines en el Medio Oriente.

La oposición de los nacionalistas Árabes, ligada a la áspera neutralidad de la administración británica, amenazaba constantemente, entre las dos gue-

rras, con paralizar los esfuerzos de expansión judíos. A medida que el tiempo pasaba, los obstáculos se volvían cada vez más serios. Pero era demasiado tarde para detener el crecimiento de la comunidad judía. Ella había adquirido, con el correr de los años, un vigor y una capacidad de resistencia que frustraban todas las tentativas hostiles. Atacada, reaccionaba como todos los organismos vivos: creando sus propios medios de defensa.

Un Libro Blanco se sucedía a otro, tendiendo a restringir la inmigración, a limitar la colonización. El régimen fiscal y la administración favorecían al sector árabe, obligando a los judíos a montar sus servicios autónomos de seguridad, de economía, de educación y de salud pública. Gimiendo bajo los golpes, los judíos se rehusaban a someterse. Cuanto más hostil era el rostro que mostraba la Administración, más se replegaba la comunidad judía en sí misma. Las restricciones a la inmigración eran soslayadas o momentáneamente conjuradas por las intervenciones del Parlamento británico o de la opinión pública mundial que, de más en más, tornaba partido por el sionismo. En la Sociedad de las Naciones y en las capitales occidentales nacía una simpatía que se reveló de inestimable valor en los

momentos críticos de la posguerra. Enriquecida por los aportes constantes de la Europa Central y Occidental, tomaba forma en Palestina una sociedad nueva que presentaba rasgos poco comunes con el medio oriental del que, geográficamente, formaba parte, o con el *ghetto*, del que había salido.

LA TRÁGICA AMENAZA

El sufrimiento, decía Herzl, es como el vapor de la máquina: lo comprime y hará marchar la locomotora . Jamás, sin embargo, el creador del sionismo político pudo prever las dimensiones del sufrimiento de que había de ser víctima el judaísmo europeo. La energía nacional liberada por esta reacción en cadena, es un factor fundamental en el proceso histórico que llevó a la creación del Estado de Israel. Concebida como una experiencia idealista por una élite determinada a salvaguardar una civilización nacional en peligro, la sociedad judía de Palestina estaba llamada a transformarse en un Arca de Noé a la que se aferraban ferozmente los sobrevivientes del diluvio moderno.

La era liberal había terminado para siempre, y con ella la ilusión de una integración de las masas judías en la trama de la Europa nueva. La asimilación fue posiblemente una solución para ciertas comunidades numéricamente débiles y para aquellos individuos que habían hecho una ascensión rápida. Las masas judías estaban excluidas. Encontrábanse presas en el engranaje de los trágicos trastornos sociales que cambiaron la faz de Europa en el siglo XX. Cayeron víctimas de las revoluciones nacionales soñadas y estimuladas antes por la opinión liberal como un fenómeno anunciador de una época de libertad y justicia. Sobre las ruinas de las tiranías autocráticas se instalaron las tiranías de masas, engeguedas por el poder recientemente adquirido. Y las jóvenes naciones que habían logrado su independencia, a veces por la lucha, a veces a favor de las circunstancias internacionales, no encontraban nada más urgente para hacer que dirigir su odio implacable hacia todo lo que no encuadrara en su concepción del nacionalismo, en primer lugar contra la minoría judía entregada sin defensa a sus rencores arbitrarios.

El régimen zarista se había derrumbado y su caída despertó una inmensa esperanza en la pobla-

ción judía que, más que ninguna otra, sufría bajo el yugo de su legislación medieval. Pero el primer ensayo de conmoción del zarismo, la revolución de 1905, fue acompañado de los peores excesos antijudíos que el mundo había conocido hasta entonces. Algunos años después, la guerra mundial desarraigó centenares de miles de judíos de las regiones fronterizas de Rusia, deportados por orden del ejército zarista hacia el interior del Imperio. La revolución de 1917 y la guerra civil que siguió a la instalación del régimen comunista, desencadenaron masacres en Besarabia y en Ucrania que determinaron la ruina de las seculares aglomeraciones judías. Los ucranios mataban en nombre de la lucha contra la dominación de los rusos: los rusos blancos torturaban mujeres y niños en nombre de la guerra santa contra el bolcheviquismo; los anarquistas exterminaban judíos, considerándolos símbolos de la burguesía, y los monárquicos les acusaban de sembrar la anarquía. La leyenda del bolcheviquismo judío era creída lejos de las fronteras del imperio zarista para llegar a su trágico apogeo, quince años más tarde, en la Alemania hitleriana. El joven régimen comunista combatía lo mejor posible los excesos antisemitas. Pero los judíos, que en su mayoría no pertenecían al

proletariado, eran las primeras víctimas del nuevo orden social. Por otra parte, el gobierno soviético no les reconocía el derecho a una vida cultural autónoma, reprimiendo sistemáticamente todo vestigio de pensamiento o expresión judíos, contrariamente a los estímulos concedidos a otras minoras nacionales. Mucho tiempo antes de que la cortina de hierro , cayera sobre Europa, operóse una amputación trágica, de la que el pueblo judío no se ha repuesto hasta hoy, separando al judaísmo ruso de todo contacto con sus hermanos en el resto del mundo.

La situación no era nada mejor en los otros Estados del Este europeo. En Rumania, el antisemitismo se convirtió en un instrumento corriente de la política interior. En Hungría, si bien la asimilación había hecho progresos, las persecuciones y las medidas restrictivas se sucedían casi sin interrupción hasta la caída del régimen, a continuación de la Segunda Guerra Mundial. En Polonia, que contaba con la población judía más numerosa de Europa, los judíos tuvieron que afrontar una lucha económica despiadada desatada por las nuevas clases medias, y estimulada por los sucesivos gobernantes. Al comienzo de su independencia, el gobierno polaco se

creía obligado a practicar una política de liberalismo esclarecido. Había llegado a conceder a sus ciudadanos judíos ciertas libertades culturales y una franquicia electoral, pero bien pronto lo envalentonó la indiferencia y la impotencia de la opinión mundial. La actitud oficial cambió. El *numerus clausus* se introdujo en las universidades. Los comerciantes y artesanos judíos eran sistemáticamente sometidos a presiones económicas intolerables, mientras que el acceso a otros oficios les era prácticamente imposible. El judaísmo polaco se vio abocado a una ruina completa, acentuada por la explosión periódica de persecuciones antijudías.

La situación no fue mejor en las jóvenes repúblicas bálticas, Lituania, Letonia, Estonia, surgidas de las ruinas del Imperio zarista. Desprovistas de intelectuales, de técnicos, de comerciantes experimentados, los nuevos amos de esos países utilizaron al principio el aporte enérgico de los judíos y les permitieron, en recompensa, constituir sus sistemas escolares y sus instituciones representativas autónomas. La calma fue de corta duración y los judíos perdieron rápidamente sus posiciones económicas. Las instituciones autónomas desaparecieron sin dejar rastros y el odio, estimulado por el antisemitismo

latente, tomó libre vuelo en el momento en que las hordas nazis irrumpieron en la Europa Oriental. Las poblaciones judías de los Países bálticos fueron inexorablemente exterminadas con la participación activa de sectores de la población.

Europa iba hacia su ruina. Los nacionalismos estériles y llenos de odio se enfrentaban en el Este, mientras que en Alemania surgía una fuerza nueva que, para alimentar sus sueños de supremacía mundial, hacía de la Teoría de las Razas el eje de sus maquinaciones políticas. El antisemitismo oficial que fuera, hasta entonces, la enfermedad endémica de los vacilantes Estados de la Europa Oriental, franqueaba desembozadamente la frontera del mundo esclarecido, instalándose triunfalmente en la patria de Lessing y de Mendelssohn. El odio a los judíos tomaba carta de ciudadanía en el mundo occidental. Se convirtió en un tema aceptable de discusión política en toda Europa y hasta del otro lado del Atlántico. Prácticamente debía llegar, en el curso de la Segunda Guerra Mundial, a la destrucción consciente, sistemática y definitiva de un tercio de los integrantes del judaísmo.

Otra vez y en forma mucho más trágica, se planteó la eterna pregunta:

¿Huir? ¿Pero adónde? Todas las puertas estaban cerradas. Compartimientos estancos dividieron, a partir de entonces, los países de Europa donde, antes de 1914, bastaba para viajar con estar provisto de una simple cédula de identidad. Para colmo de males, las reglamentaciones drásticas de la inmigración volvieron casi inaccesibles los Estados Unidos, seguidos bien pronto por la mayoría de las repúblicas del Nuevo Mundo.

Desde 1880, millones de judíos se habían instalado en los Estados Unidos para constituir la mayor comunidad judía de todos los tiempos. Después de 1890, como consecuencia del proyecto de colonización agrícola del Barón Hirsch, una comunidad judía se había formado en la Argentina, de donde se irradiaron más tarde las comunidades esparcidas hacia los otros países jóvenes de la América latina. La dispersión que siguió a la Primera Guerra Mundial inscribe sobre el mapa del judaísmo al África del Sur, Canadá, Australia, e infunde sangre nueva a las comunidades de la Europa occidental que se encontraban materialmente seguras pero espiritualmente debilitadas por la progresiva asimilación.

La amenaza trágica del antisemitismo, la ruina de sus hermanos del Este, la inminencia de una cru-

zada siniestra de la cual nadie se sentía a salvo, levantaron una ola de solidaridad y acentuaron la unión de todas las ramas del judaísmo. El salvamento se convirtió en consigna. La comunión de destino, la necesidad imperativa de una existencia nacional, antes negada con tanta fuerza por los partidarios de una fusión completa, fueron, en adelante, reconocidos por millones de judíos a través del mundo libre. En cuanto a las masas judías del Este, el sionismo se convirtió para ellas en la única tabla de salvación, el único medio de salvaguardar la dignidad humana, implacablemente pisoteada por un mundo desenfrenado.

Ninguna rama del judaísmo era capaz, en esas horas cruciales, de asumir un papel político activo. Ninguna tenía el poder de salvar a los judíos europeos en peligro. Las grandes comunidades del Oeste y de ultramar poseían, por cierto, una influencia política, disponiendo de medios de presión sobre la opinión pública. Pero se trataba apenas de paliativos, cuya ineficacia era acentuada por la atmósfera general de cobardía y de resignación, de la que el espíritu de Munich habría de convertirse en símbolo.

Tampoco en Palestina los judíos eran libres de acudir en socorro de sus hermanos perseguidos. La potencia mandataria, más y más accesible a las exigencias árabes, temiendo además el crecimiento demasiado rápido de la joven sociedad israelí, no hacía más que entreabrir las puertas del país, rehusándose sistemáticamente a ceder a la presión judía en favor de la inmigración. Pero había una diferencia fundamental. Era el único país en el que los judíos se sentían con derecho a exigir -y no a implorar- la igualdad de tratamiento: el único lugar en el que, sin ser independientes, se sentían ya dueños de su destino. En todas partes la entrada de los judíos se topaba con una grosera oposición. Aquí era deseada, exigida por una población que había escapado voluntariamente, también ella, a las diferentes fases de la misma persecución trágica, porque la formación de esa sociedad reflejaba las sacudidas y las tribulaciones sucesivas del judaísmo europeo. El *pogrom* de Kishinev y la decepción amarga de la primera revolución rusa fueron el origen de la *Segunda Aliá*. La guerra civil en Rusia y los *pogromes* ucranianos produjeron en 1919 la *Tercera Aliá*, última ola de inmigración originaria de Rusia. Las exacciones fiscales del régimen de Grabsky en Polonia

provocaron el primer movimiento de masas con la *Cuarta Aliá* en 1926. Y el advenimiento del hitlerismo en 1933 cambió completamente el ritmo de la transformación económica del país por el aporte de decenas de miles de emigrados de la Europa central y oriental.

Esos movimientos de masas, rápidamente incorporadas, integradas en la estructura social, fueron constantemente precedidas y encuadradas por los elementos pioneros para quienes la inmigración no era solamente un trasplante, sino una regeneración espiritual e ideológica. Esta juventud, quemando todas sus naves, se lanzó a la construcción de una sociedad judía nueva, profundamente consciente de la solidaridad de su destino con las masas que se debatían todavía en Europa en una lucha desesperada por su salvación.

En el umbral de la Segunda Guerra Mundial. Palestina surgía, pues, como el punto de mira del mundo judío, la última tabla de salvación en un universo que se hundía. Unido en torno de un ideal común, maduro para la independencia, forjando constantemente su capacidad de resistencia en la lucha incesante contra los asaltos periódicos de la inquina árabe y de las tendencias hostiles del go-

bierno mandatario, consciente de la misión de salvamento de que era el único depositario, el medio millón de judíos de Palestina no estaba dispuesto a transigir. Todos los obstáculos serían franqueados para asegurar el refugio de sus hermanos en desgracia. Debía tornar las arreas para lanzar la insurrección decisiva.

EL HITLERISMO EN EUROPA Y LA MATANZA NAZI

Jamás vaticinio alguno fue superado por la realidad como el del creador del sionismo. Herzl había pronosticado que el antisemitismo recrudecería, pero su análisis profético no pudo prever las proporciones que alcanzaría este movimiento de odio entre las dos guerras. Los dirigentes de los nuevos Estados que surgieron en Europa, animados por un nacionalismo fanático e incapaces de resolver sus propios problemas sociales, recurrieron al cómodo expediente de cargar las culpas sobre los judíos. En Alemania, considerada a mediados del siglo XIX como una de las naciones más ilustradas del mundo, baluarte del liberalismo, nació la doctrina más terrible que haya conocido la Humanidad: la teoría ra-

cista de Hitler, que predicó abiertamente la destrucción de todas las razas, salvo la aria, es decir la raza germana. Y cuando, en el curso de la guerra, después de Austria y Checoslovaquia, conquistó también Polonia, Lituania, Letonia, Estonia, parte de Rumania, Grecia, Bulgaria, la Rusia del Sur, encontró en dichos países entre siete y ocho millones de judíos, de los que exterminó a seis millones.

Seis millones de seres humanos, hombres, mujeres y niños. Fue una matanza peor que las del medioevo, pues entonces, incluso durante las persecuciones, los judíos podían salvarse aceptando la religión cristiana. En el siglo XX no había escapatoria. Todos los judíos fueron víctimas del verdugo nazi, incluso los que eran cristianos desde hacía tres generaciones. No se les preguntaba su opinión ni la fe que profesaban; se les condenaba a causa de su raza, de su herencia.

Sería oportuno leer el acta de acusación del procurador general en el juicio a Eichmann, para enterarse de cómo se llevó a cabo la destrucción de seis millones de seres humanos.

Varsovia perdió, de tal suerte, luego de un último combate desesperado, a 400.000 judíos, y lo mismo se aplica a Vilna. Kovno y a centenares de

ciudades y aldeas. Y mientras tanto. Inglaterra, que retenía el poder del Mandato, no cesaba en sus esfuerzos por impedir que los refugiados del infierno nazi tocaran las playas de Israel. Obsesionado por el deseo de poner coto al progreso judío, el gobierno británico multiplicaba los decretos que prohibían la adquisición de tierras y la formación de nuevas colonias. Muchos de los poblados que figuran hoy en día en el mapa de Israel, se establecieron a escondidas, con la protección de la noche, para esquivar la vigilancia de la policía. Se dio más de un caso en que centenares de hombres transportaron materiales y utensilios, montaron barracas, despedregaron el suelo, y a la mañana siguiente la policía se encontraba con una aldea surgida de la nada, con una empalizada y una torre de guardia y hombres que parecían haber vivido en el lugar desde siempre.

Mientras tanto, presas de la desesperación, los judíos europeos huían de la dominación nazi, embarcándose en frágiles barcas, verdaderas cáscaras de nuez, y navegaban hacia las playas de Palestina, único puerto de refugio. Decenas de miles de hombres, mujeres y niños desafiaron a la marina de guerra británica, tratando de alcanzar las costas de este país. Ello se describe en el libro y en la película

Éxodo. Se trata de una obra que mezcla realidad y ficción, pero *Éxodo* fue realmente un barco en el que se apiñaron más de 2.000 hombres, mujeres y niños, sobrevivientes de los campamentos de concentración, al que el gobierno británico se obstinó en devolver a Alemania, tierra empapada en sangre judía. Durante tres meses, el mundo entero siguió la lucha heroica de los refugiados que se negaron a aceptar tal acto abominable de la injusticia humana.

LA INDEPENDENCIA Y LA REUNIÓN DE LOS DISPERSOS

A pesar de las restricciones, la lucha incesante contra las autoridades, la dificultad de desafiar a la armada británica, la población judía de Palestina crecía incesantemente y en vísperas de la Segunda Guerra Mundial se elevaba a 600.000 almas. El conflicto se agravó y bien pronto se hizo evidente que la lucha era inevitable. La sólida posición de la población judía y la insurrección casi abierta contra las autoridades, obligaron a Gran Bretaña a presentar el caso ante las Naciones Unidas, entidad que resolvió el 29 de noviembre de 1947, dividir Palestina en dos y crear un Estado Judío en la parte occidental de la misma. Tal resolución habría quedado, sin lugar a dudas, como letra muerta, si la población judía no

hubiera tomado las armas para ganar y defender su libertad contra el ataque de los Estados árabes limítrofes. Y lo hizo durante la Guerra de la Independencia de 1948. Israel fue uno de los primeros países del Oriente en rebelarse contra la dominación extranjera, armado únicamente de la voluntad de vivir y disponiendo de una organización clandestina forzosamente precaria. Tuvo que luchar en dos frentes: contra la potencia mandataria y contra sus vecinos. Su libertad fue adquirida al precio de una lucha sangrienta en la que todo hombre y toda mujer formaban parte del ejército clandestino llamado Haganá o de organizaciones de resistencia minoritarias.

La convicción de ser el último bastión de un pueblo diezmado marcó fuertemente la etapa final de esta lucha que se ubica entre el verano de 1945, cuando las hostilidades en Europa tocaron a su fin, y el verano de 1948, en que las fronteras de Israel fueron definitivamente establecidas después de la victoria israelí sobre los efectivos coaligados de los Estados Árabes. La Guerra de la Independencia es la terminación lógica de una larga evolución histórica. Pero todo ello se desarrolla sobre un fondo trágico de acontecimientos de los que no podía prever

el alcance ningún profeta de desgracias. En el paralelogramo de fuerzas del que surgió Israel, la realidad de Europa desempeña un papel tan importante como los acontecimientos políticos del Medio Oriente.

Después de la batalla de El Alamein, Palestina se libra de la amenaza que suponía el avance de los ejércitos nazifascistas. Los judíos palestinos habían tomado parte activa en la guerra donde, por vez primera en la historia, todos los judíos estaban del mismo lado de la barricada. Se alzaban frente a un enemigo implacable cuyo objetivo confesado era la exterminación total, física, del pueblo judío.

A pesar de la oposición tenaz de las autoridades británicas, que se rehusaron a reconocer el carácter judío de las unidades de voluntarios palestinos, compañías, batallones, y finalmente una Brigada Judía, fueron incorporados a los ejércitos aliados. Integrando el 8º Ejército en su avance en el desierto de África, entraron en contacto, por primera vez después de la guerra, con las comunidades judías liberadas de Libia y de Túnez. Atravesando el Mediterráneo, la Brigada Judía se encontró en presencia de los campos de refugiados, sobrevivientes de la masacre nazi. Su impulso natural los empujaba a

enviarlos a Palestina donde ellos habían encontrado un refugio después de años de sufrimiento. Gran Bretaña les rehusó la entrada. Persistió en su rechazo, mientras en la Europa liberada, centenares de miles de D.P. , personas desplazadas , como se denominaron en adelante oficialmente, esperaban su suerte en los campos de Alemania o de Austria. Carentes de permiso legal, barcos clandestinos se dirigieron a Palestina. La administración mandataria reaccionó y movilizó la flota británica. Toda la Palestina judía se levantó en un movimiento unánime de resistencia. La guerra de la inmigración se había desencadenado.

No fue, desde luego, más que la continuación de la lucha que sostenía la comunidad judía desde bastante antes de la guerra, reforzada por los contactos resueltos y desesperados con la resistencia judía de Europa bajo el nazismo. Al gran duelo en que la Palestina judía se sumergió cuando la masacre nazi fue conocida en todo su horror, se mezclaba un sentimiento de profunda amargura ante la indiferencia del mundo civilizado. Los judíos estaban solos, terriblemente solos. En la lucha que iba a desarrollarse en Palestina ¿en quién podrían confiar sino en su propia determinación, en su voluntad de

vencer? Las grandes potencias, la ONU de reciente creación, podrían facilitar esa lucha o hacerla aún más dura. La solución residía en la capacidad de resistencia de la propia Palestina. Esta resistencia terminó por arrojar a Gran Bretaña del país. No es inútil subrayar que la evacuación de las tropas británicas no era más que el resultado de la oposición judía, porque los árabes habían mantenido una neutralidad prudente, más bien benévola frente a las autoridades mandatarias, hasta el día en que ellos se consideraron en condiciones de desencadenar una guerra abierta contra los judíos, teniendo, a primera vista, todos los triunfos en la mano.

Pronto, la Palestina judía entera estaba englobada en esta lucha. Cada ciudadano estaba en su puesto. La Haganá se transformó en un verdadero ejército de resistencia, utilizando, de la mejor manera, las pobres armas de que disponía, fabricando ella misma las municiones en los talleres clandestinos de ciudades y aldea. Una controversia encarnizada opuso a los organismos judíos oficiales que deseaban reservar las fuerzas de la Haganá para la batalla final con los árabes, que se veía venir, a los grupos terroristas disidentes que habían declarado la guerra

a los ingleses. Pero tanto de un lado como del otro, la lucha era firme, sin perspectivas de conciliación.

La inmigración y la libertad de adquirir tierras eran el nudo de las reivindicaciones. Si los ingleses hubieran cedido a las recomendaciones de la Comisión Angloamericana enviada a Palestina con el consentimiento de Londres, una tregua, por lo menos temporaria, hubiera sido, aún, posible. Pero el Gobierno inglés estaba obsesionado por el deseo de apaciguar a los árabes. La actitud política de los países del Medio Oriente, convertidos mientras tanto en Estados soberanos, se volvía cada vez más amenazante. El único lazo de unión entre esas naciones, roídas por disensiones internas, era el odio común contra los judíos de Palestina. La Liga Árabe, creada con la bendición inglesa, estaba destinada a cimentar ese mundo árabe que debía ser, según sus cálculos, el guardián del Imperio Británico frente a las temibles intervenciones de América, de Francia o de la Rusia soviética.

Cuando la situación se hizo insostenible, el problema fue llevado ante las Naciones Unidas, posiblemente con la secreta esperanza de que la división entre los Soviets y el Occidente haría imposible to-

do arreglo y que Gran Bretaña tendría así las manos libres para imponer su propia solución.

El desarrollo de los sucesos frustró sin embargo esos planes y desconcertó a los políticos más avisados: la Unión Soviética, tradicionalmente hostil al sionismo, tomó, repentinamente, partido por los judíos, en uno de esos giros espectaculares a los que el mundo comenzó a habituarse más tarde. Los dos grandes vencedores de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y Rusia, apoyaron en adelante el plan de partición y la creación del Estado Judío recomendados por la Comisión Especial de las Naciones Unidas.

Así, por un impulso de unión que señaló una tregua momentánea en la guerra fría, el Este y el Oeste lucharon mano a mano por la adopción del plan de partición, frente a la áspera indiferencia de Gran Bretaña y la oposición encarnizada de los Estados árabes que, sin haber participado en la guerra, eran ya admitidos en las Naciones Unidas.

Las razones de Estados Unidos eran claras. Washington se encontraba bajo la presión no solamente de la opinión judía sino de la de los ciudadanos de los Estados Unidos, casi unánime, quienes veían en la constitución de un Estado Judío

independiente una solución justiciera para un pueblo que había perdido un tercio de sus efectivos en los campos de exterminio de Europa. Había allí, ante todo, un problema de personas desplazadas para resolver, centenares de miles de hombres sin raíces y sin futuro, que recusaban cualquier otra solución.

La política inglesa no era, desde luego, muy popular en los Estados Unidos, y la lucha encarnizada de un puñado de hombres que osaron desafiar a un imperio, se imponía a esos descendientes de los puritanos y de los inmigrantes irlandeses.

El caso de Rusia era más complicado: el comunismo había apostado siempre al despertar nacional árabe. En el pasado había sostenido con su propaganda al Mufti de Jerusalén (que se inclinó luego por Berlín y el Eje). El sionismo fue considerado en Moscú como un movimiento de la burguesía judía, y acusado de servir a los fines del imperialismo británico en el Medio Oriente.

Apoyando a los árabes, la URSS habría podido alzarlos contra los Estados Unidos, que se mostraban ya como su único competidor serio en la escena internacional. Tomaron, sin embargo, una actitud

opuesta y eso, con toda probabilidad, por consideraciones de realismo político.

Los dirigentes de Moscú debieron comprender que oponerse a la solución de la partición significaba asegurar la perpetuación del régimen británico en Palestina. Pesando el pro y el contra, Rusia habría llegado a la conclusión de que sólo la resistencia judía tenía el vigor interior necesario para poner fin a la presencia inglesa. Los árabes de Palestina estaban demasiado desunidos como para provocar la partida de los ingleses. La defensa de la minoría judía que, por su parte, no habría consentido jamás en someterse a la dominación de un Estado árabe, hubiera servido además de excelente pretexto a la potencia mandataria para conservar el control del país. Ahora bien, la evacuación de los ingleses de Palestina era el objetivo inmediato que tenía prioridad sobre toda otra consideración de la política soviética en el Medio Oriente.

En todo el mundo la idea del Estado Judío, ayer aún objeto de ensueños tímidos, o de burlas, despertó interés y simpatía. Los movimientos de resistencia en Europa y sobre todo en Francia, encontraban en la lucha de la comunidad judía en Palestina la imagen de su propio combate desigual.

Las repúblicas de la América latina revivían las epopeyas heroicas de su liberación del colonialismo de la Corona de España. Hubo todavía dudas, defeciones, pero el 29 de noviembre de 1947, el plan de partición que significaba la creación de un Estado Judío, fue votado por la Asamblea General de las Naciones Unidas con la mayoría requerida de los dos tercios.

Sería sin embargo erróneo pretender que la ONU, con su voto, había creado el Estado Judío. Su decisión no hizo más que sancionar un estado de hecho. La presión insostenible del problema judío en Europa, por un lado, la determinación y madurez de los judíos de Palestina por el otro, habían lecho inevitable esa solución. Como la Declaración Balfour, treinta años antes, la resolución del 29 de noviembre había creado un cuadro legal para una realidad en marcha. A diferencia de numerosos Estados creados durante la posguerra por un juego de presiones y de intereses políticos. Israel, es, en primer lugar, el producto de su propia voluntad de independencia.

La decisión corría en gran medida, por lo demás, el riesgo de quedar sin concreción. Nada estaba previsto para su realización, ni medios

financieros, ni fuerzas armadas. La potencia mandataria se había apresurado a expresar su rechazo categórico a aplicar la resolución y se afirmó en una actitud de neutralidad declarada. La indiferencia más y más hostil, la administración deliberada de los servicios públicos con tal fin, hundían al país en un caos completo.

Sin embargo, los árabes de Palestina, preparados, sostenidos por sus vecinos del norte y del sur, ayudados por la Legión Árabe de Transjordania establecida en el país como unidad militar británica, lanzaron una guerra a muerte contra la población judía. Hubo una serie de actos de sabotaje, de asesinatos y de ataques contra aldeas aisladas, que terminó por transformar al país en un campo de batalla.

La Haganá entró entonces en acción, mientras que, en el secreto de las oficinas de la Agencia Judía, los expertos preparaban la nueva administración llamada a reemplazar al gobierno mandatario agonizante. Los encuentros con las bandas árabes se hicieron cada vez más frecuentes, cada vez más francos. A falta de armas, actuaba la moral. La voluntad indomable de Ben Gurión había galvanizado a la población y reafirmado su fe en la victoria final. El pequeño círculo de dirigentes, que debían con-

vertirse en miembros del primer gobierno, estaba unido en una acción que se perseguía paralelamente en el terreno militar y diplomático. La larga preparación militar de la juventud del país condujo a la formación de un ejército de ciudadanos luchando con el coraje desesperado de los hombres que defienden sus últimas posiciones. Después de una larga serie de combates y algunos desastres militares, la resistencia de los árabes palestinos se quebró. La rueda giró. El Ejército de Defensa de Israel, ya en camino de la liberación, se unió en Tiberíades, Haifa, después en Yaffo. Algunos cargamentos de armas pudieron ser encaminados hasta las playas de Palestina. Los árabes, presas del pánico, excitados por los llamados incesantes de los Estados de la Liga Árabe que les prometían una victoria fácil y un regreso victorioso, emprendieron la huida. Centenares de miles de refugiados afluyeron a El Líbano, a Siria, a Transjordania. Los dirigentes fueron los primeros en escapar.

Después, el 14 de mayo de 1948, fue la proclamación del Estado de Israel, a pesar de las advertencias de ciertos hombres de Estado, sinceros o malevolentes, que pretendían una suerte cruel para el nuevo país. El mismo día en que el último solda-

do británico abandonó el territorio de Palestina, la administración judía reemplazó, sin transición, al poder mandatario. En todos los centros judíos, agentes de policía dirigían la circulación, las estampillas estaban ya en venta en las estafetas, los jueces dictaban sentencias y los ministerios instalaban sus primeras oficinas. No trajo ninguna confusión y jamás un cambio de poderes se operó tan rápidamente.

Aquella misma noche, el Presidente de los Estados Unidos reconocía de facto el gobierno provisional de Israel. Al día siguiente la Unión Soviética lo reconocía de jure, seguida rápidamente por dos repúblicas latinoamericanas: Uruguay y Guatemala. Pero también, al día siguiente, los ejércitos de Egipto, de Siria, de El Líbano y de Transjordania atacaron a Israel por el sur, el norte y el este. Los agresores instaban a los pobladores árabes de Palestina a abandonar el territorio para dejar el terreno expedito al avance de sus ejércitos, prometiéndoles que regresarían vencedores en pocos días. Ello dio origen al problema de los refugiados, que subsiste, agravado por el paso del tiempo y por la negativa de los países árabes a resolverlo, hasta el día de hoy.

Las unidades del joven ejército israelí formadas apresuradamente, encuadradas por oficiales salidos de las filas de la Haganá, con fusiles importados y ametralladoras de fabricación local, entraron en acción. Fue ése el comienzo de la Guerra de Liberación que debía durar, con algunas treguas, hasta el fin del año, y que terminó con la derrota de los invasores y la firma de acuerdos de armisticio entre Israel y los Estados Árabes.

Estos hechos están presentes aún en todas las memorias. Sin embargo pertenecen ya a la historia del Estado de Israel.

LA SOCIEDAD ISRAELÍ Y EL MOVIMIENTO SIONISTA

Con su proclamación, el proceso se acelera, hasta alcanzar un ritmo vertiginoso. La independencia fue la llave para abrir las puertas de la inmigración en masa de los judíos que en vano golpeaban a ellas hasta entonces, y al conjuro de ese aluvión humano Israel cuadruplicó su población y promovió un desarrollo consecuente, que acaso mejor que las cifras mismas -algunas harto elocuentes, sin embargo- refleja la imagen actual de la sociedad israelí.

De su población actual, un tercio nació en el país, otro tercio provino de Europa, sobre todo de Polonia, Rumania, Rusia, etc., y el resto de los países de África y Asia. Desde que existe el Estado, han sido trasplantadas totalmente a Israel, grandes

comunidades judías, tales como las de Yemen, en la península arábiga. Se encuentran en todas partes del país estos yemenitas, que estuvieron separados del resto del judaísmo durante varios siglos, y que fueron objeto de persecuciones indecibles. Vinieron aquí, además, la gran mayoría de los judíos sirios, iraqueses y libios, una gran parte de los judíos del Norte de África. Hay entre los judíos de Israel, unos 400.000 originarios de países musulmanes. Cuando terminó la guerra, unos 300 mil judíos sobrevivientes del holocausto nazi, se hallaban en los campamentos de refugiados de Europa, sobre todo en Alemania. Otros, procedentes de los barcos de refugiados interceptados por los británicos, se encontraban en los campamentos levantados en la isla de Chipre o en lugares tan alejados como la isla Mauricio, en el Océano Indico. Apenas liberado, Israel les abrió sus puertas, y el ritmo de inmigración alcanzó, en cierto momento, a mil personas por día, lo cual representó para un país pobre, que acababa de surgir de una lucha sangrienta, un esfuerzo casi sobrehumano.

Los inmigrantes continuaron, y continúan hoy en día, afluyendo desde los países de Europa

Oriental y de otras partes del mundo donde la situación de los judíos sigue siendo precaria.

Los dos millones y medio de habitantes de Israel reflejan fielmente el proceso histórico conocido con el nombre de Reunión de los Dispersos, pues los hombres de diversos países y orígenes se unieron en esta tierra, guiados por el común deseo de reconstruir su país y forjar los elementos de una nueva nación.

Pero, ¿quién trajo esta enorme corriente humana a Israel, quién la recibió y reasentó? ¿Era concebible que los 650.000 judíos que vivían en el país al restaurarse su independencia se encargaran, sin contar más que con sus propios recursos, de organizar y financiar la inmigración y la colonización, además de defender las fronteras y colocar las bases de una economía, así como reconstruir un país devastado por la guerra?

Basta formular estas preguntas para recibir la respuesta. No cabía duda de que el Movimiento Sionista que, hasta la restauración de la independencia de Israel, desempeñó el rol del movimiento de liberación nacional, tuvo ahora que asumir la tarea de organizar la inmigración, transportar a las masas venidas de todas partes del globo, así como inte-

grarlas en un país en formación y movilizar, para tal fin, la asistencia de todos los judíos que se consideraran tales.

Aunque la población del país se triplicó desde que surgió el Estado, no constituye sino el 16% de los judíos del mundo. De 13.000.000 de judíos, viven en Israel unos 2.300.000, mientras que 5.500.000 residen en Estados Unidos, 850.000 en Latinoamérica, 700.000 en Europa Occidental -la mayoría de ellos en Francia-, 700.000 en Inglaterra y el Commonwealth y 3.000.000, aislados del resto del judaísmo, en la Unión Soviética. Sin embargo, Israel ocupa un lugar central en la vida judía, siendo el núcleo alrededor del cual se agrupan el pensamiento y la creación cultural del judaísmo moderno. El Movimiento Sionista, que cuenta con ramales en todos los países del mundo occidental, se encarga de promover la educación judía, estimular la propagación de los valores culturales hebreos, infundir el legado del judaísmo y estrechar los vínculos entre las comunidades dispersas y su centro espiritual: Del seno del Movimiento salieron muchos jóvenes nacidos en países libres y hogares acomodados, que se unieron al esfuerzo de crear una sociedad nueva en Israel, deseosos como estaban de participar activa-

mente en esta obra sin parangón y que portaron consigo sus culturas particulares y sus tradiciones democráticas, enriqueciendo la trama multicolor de este pueblo en formación.

El Movimiento Sionista cuenta con dos órganos que funcionan paralelamente. Uno de ellos es la Organización Sionista Mundial, presidida por un Ejecutivo que reside en Jerusalén. Éste es elegido, a su vez, por el Congreso Sionista, que se reúne cada cuatro años. Cada país que cuenta con una colectividad judía está representado en esta asamblea, creada en aquel Congreso de Basilea que convocó Teodoro Herzl en 1897.

Otro órgano del Movimiento es la Agencia Judía, que se encarga de la labor práctica relacionada con el traslado de inmigrantes y su asentamiento en el país. Estas actividades comprenden también la recuperación de tierras yermas, la fundación de aldeas nuevas, la construcción de viviendas y su distribución entre los recién llegados, así como la integración cultural de los inmigrantes. En otras palabras, el inmigrante se encuentra bajo la tutela de la Agencia Judía desde el momento en que llega al país hasta que echa raíces en su nueva patria.

EPÍLOGO

Si las causas lejanas del despertar nacional judío se enlazan con los trastornos sociales sobrevenidos en la estructura de la sociedad judía en los umbrales de los tiempos modernos, la marcha de los acontecimientos que condujeron a la independencia no abarca más que un lapso de setenta años. El mundo que nuestros mayores conocieron hacia 1880 no presentaba, siquiera sea para los más avisados, la menor premonición de lo que sus nietos habrían de encontrar en 1950. En el espacio de dos generaciones, mientras que la Humanidad era llevada de la edad del vapor a la era atómica, el destino judío franqueaba distancias de siglos.

¿Cómo veía el testigo judío de 1880 el mundo que lo rodeaba? La emancipación del Occidente

presentaba a sus ojos todos los signos de una realidad intangible. Los *ghettos* de la Europa oriental, vestigios curiosos de un pasado concluido, estaban ciertamente amenazados de disgregación, pero su porvenir se dibujaba sin duda en los rasgos de una liberación y de una integración progresiva. Las aglomeraciones judías transatlánticas no habían salido todavía de su infancia y pocos observadores se hubieran inclinado a ver en ellas otra cosa que una ramificación provinciana del judaísmo europeo. Jerusalén era un término de plegaria, una Ciudad Santa donde las almas piadosas buscaban su salvación y su reposo. Europa estaba aún colocada en el centro del mundo, y el liberalismo, que iba de conquista en conquista, parecía ofrecer a los judíos el refugio de una ciudadela inexpugnable de igualdad humana. El problema judío no existía, pues. El mundo iba hacia la abolición de las fronteras y todo ensayo de crear un particularismo nuevo estaba condenado de antemano.

La historia siguió, sin embargo, otro camino y, en la perspectiva de que disponemos en esta segunda mitad del siglo XX, vemos aparecer los factores ocultos que lo hicieron ineluctablemente predestinado.

Que un Estado Judío hubiera aparecido cien años antes (Napoleón lo pensó por un momento), es posible. Que su creación se hubiera hecho inevitable en el siglo XX, es incontestable: la desintegración misma del *ghetto* puso en movimiento las fuerzas que trabajaron luego, inconscientemente tal vez, para encontrar una forma nueva de preservación del espíritu colectivo y de la herencia de la civilización judía. El despertar de los nacionalismos europeos dio a ese movimiento un nuevo contenido. Los trastornos económicos y sociales de Europa, prisionera en el engranaje de dos guerras mundiales, hubieran acentuado rápidamente la situación trágica de las masas judías. La colonización palestina trató de ser el remedio preventivo para la catástrofe que iba a abatirse sobre el centro milenarrio de la civilización judía de Europa.

La historia de Israel surge, pues, de las vicisitudes del judaísmo europeo, como un manantial que brota de su fuente. Su forma, su carácter, el vigor de su resistencia fueron el efecto de sus condiciones de crecimiento. Las tendencias directrices de su evolución social, los obstáculos mismos que encontró en su esfuerzo por incrustarse en el duro medio de un mundo subdesarrollado en plena efervescencia,

¿QUÉ ES EL SIONISMO?

marcaron profundamente la fisonomía del nuevo Estado. El movimiento nacional que lo creó, el sionismo, entrará en la historia como una de las corrientes más fértiles y creadoras del pensamiento político moderno.